LA OBRA POETICA DE EDUARDO CARRANZA

JAIME GARCIA MAFFLA

RESUMEN

La poesía de Eduardo Carranza se sitúa en la historia de la literatura colombiana como encarnadora y encauzadora de un movimiento de renovación, el movimiento Piedra y Cielo, que dio en nuestro país un vuelco tanto a la actitud del autor frente a su obra como en lo que se refiere al manejo del lenguaje y su función. Poesía esencialmente metafórica, de bellísimas imágenes, el principal de sus temas es el amor, y a través de él la aproximación a la naturaleza con su fuerza de vida y plenitud. Por el sentimiento del amor llega el poeta al sentimiento del tiempo y por él al de la propia existencia, en una evolución, tanto interior como formal, que el presente trabajo requiere en alguna medida ilustrar.

1. EL MOVIMIENTO "PIEDRA Y CIELO"

Editado por el Instituto de Cultura Hispánica, de Madrid, en su colección de poetas de España y América: "La encina y el mar", se publicó en 1971 el volumen: *Los pasos cantados*, que reunía, en amplia selección, la poesía escrita por Eduardo Carranza (n. 1913), entre los años de 1935 y 1968. Figuran allí poemas de sus libros: *Canciones para iniciar una fiesta* (1935-1936), *Seis elegías y un himno* (1939-1940), *Sombra de las muchachas* (1939-1941), *Azul de ti* (1937-1944), *Canto en voz alta* (s.f.), *Este era un rey* (1944-1945), *Los días que ahora son sueños* (1943-1946), *El olvidado* (1948-1954) y *Los pasos cantados* (1955-1968): treinta y tres años de trabajo creador. Luego, tras una segunda edición de "Ediciones Cultura Hispánica", en 1973, vino a sumarse a ellas la que entregara al público, en diciembre de 1975, el Instituto Colombiano de Cultura, en su colección "Autores nacionales". Sólo que en esta nueva edición el ciclo se amplía y da cabida a poemas de uno de sus libros primeros, *Ellas, los días y las nubes* (1936-1941), y de sus dos últimos libros: *Hablar soñando y otras alucinaciones-seguido*

de *El Insomne* (1972–1974) y *Epístola mortal y otras soledades* (1974–1975). En total, pues, cuarenta años de labor poética. Con una precisión, al libro *Canto en voz alta* se le han puesto fechas: 1942–1975.

En lo que a la historia de la poesía dice —cuestión que obligadamente hay que rozar aquí—, hace Eduardo Carranza parte, o inicia y lleva a término, el movimiento de “Piedra y Cielo”, que apareció en la vida literaria colombiana hacia 1935, como un impulso renovador y vivificador. Hasta esas fechas, y dejando de lado voces como las de León de Greiff y Aurelio Arturo, la atmósfera general de la poesía escrita en Colombia era de un formalismo extremo, alimentado y sostenido por una larga tradición académica, y por la herencia del movimiento modernista, ya empozada. Los poetas de “Piedra y Cielo”, entonces, haciéndose eco de los movimientos de vanguardia en Hispanoamérica y de la Generación del 27 en España, irrumpieron con un nuevo aire, que vino a liberar, tanto la dicción, como la visión y la intuición del poeta, y a crear la atmósfera que haría posible la poesía ulterior.

2. AMOR, MUJER Y MUNDO

“Anhelo de delicadeza, de delgadez, de esbeltez”: con notas como estas —y aún otras— quería Dámaso Alonso, en las breves pero hermosas líneas que sirven de prólogo a *El olvidado*, caracterizar la poesía de Eduardo Carranza. Y, ciertamente, son estas las notas que desde un comienzo en ella existen, ya desde su libro primero, *Canciones para iniciar una fiesta*, en donde la gracia, el hallazgo de imágenes esbeltas, parecen concentrar la atención del poeta, quien acude de preferencia a la metáfora, como elemento esencial o sustancial de su lenguaje:

*En qué jardín del aire o terraza del viento,
entré la luz redonda del cielo suspendida,
creció tu voz de lirio moreno y la subida
agua surtió que te hace de nube el pensamiento?*

Son éstos versos del poema “La niña de los jardines”, y hay en ellos algo más: este “tu”, que habrá de guiar todo el hilo en virtud del cual irá desentrañándose la madeja de esta obra poética. En efecto, se trata de una obra que gira en torno al amor; pero aclaremos: este “tu” no es propiamente la persona amada, sino el destino del amor, que ya desde aquel primer libro se definía como el motivo central, el que iba a hacer la raíz. Eduardo Carranza es un poeta del amor, aunque no un poeta amoroso; poeta del amor y de la ausencia del amor, que cuando llega lo que hace es develar y desvelar el corazón, y cuando se aleja, no importa, sigue la mirada abrazando amorosamente seres y cosas, entre ellas al mismo enamorado. Pero este es el comienzo, los poemas iniciales, y se trata de un comienzo exaltado, gozoso, cargado de presencias; hay en la estrofa transcrita una enumeración o sucesión de ellas, que más adelante habrá de intensificarse; presencias del mundo, en las cuales la poesía habita. Cuáles son esas presencias? Unas: la mañana, las nubes, la tarde, el agua, el cielo, el viento, el pan y el vino, el sol, el mediodía... ¿Y las otras? la dicha y la melancolía, el gozo, la gracia y la tristeza, lo celeste y alado, la esperanza, los perfumes, la música, el azul..., presencias transfiguradas por el ser que las ha puesto o se ha adueñado de ellas:

*Ese jazmín estrellado
donde las niñas del aire
han olvidado los ojos;
ese jazmín.*

*Y esas nubes que eran ya,
ya, toda la poesía,
glosario blanco del cielo;
y esas nubes.*

Nos dice en el poema "Regreso con islas y jazmín": el mundo está allí, abierto, palpable, inmediato y risueño; pero este mundo, ya lo sabemos, no es realmente un objeto, sino un sujeto, es decir, se lo personifica y es otra vida con la nuestra, cargada, radiante, en plenitud; mundo que está bajo los ojos, y en este caso, más frecuentemente, el trópico de América y de Colombia, con sus frutas, su sortilegio, su aroma primitivo:

*Gualanday tiene el agua que sube la escalera
de la palma y en ciega frescura musical
—corazón de los cocos— palpita en la frontera
de la nube y la estrella con pulso de cristal.*

De esta manera, en los poemas del primer libro de Eduardo Carranza, se nos han entregado claramente dos presencias primordiales: la mujer, y el mundo, por ella transparente. Más adelante habrá de desarrollarse otra fórmula: la mujer es paisaje y el paisaje es mujer. Sin embargo, la aproximación de la mirada del poeta al mundo, a la mujer y aún a sí mismo, se hace de una manera peculiar, a través del ensueño, término que habría que definir como la transfiguración de todas las cosas en poesía. Las cosas y los seres se transforman por el ensueño, no por el sueño, que también existe y es real.

Ahora bien; decíamos que de todas las presencias, la de la mujer es la primordial, que reúne en sí a las otras, a la cual las otras se ofrecen y entregan, y por la cual las otras se transfiguran:

*Dos mariposas de seda,
detenidas en su pelo.
La mañana, como un velo,
atrás flotando se queda.*

*El sol en su red enreda
esa presencia de vuelo.
Saetas de luz, en rueda,
cautiva la dan al cielo.*

dice en el poema "Muchacha". En un poema posterior, "Amoa", de *Sombra de las muchachas*, nos hablará de una "muchacha vestida de mañana", cuya cintura es un "cárido mediodía" y lleva "sobre el puño la luz como un azor"; al final, la muchacha se transforma en la naturaleza, lo mismo que la naturaleza habrá de transformarse en mujer; la mujer es cielo y resumen, el contenido y el continente: "Es la tierra reunida lo que beso/ cuando te beso".

3. EL MUNDO INMEDIATO

Los poemas del segundo de sus libros, *Seis elegías y un himno*, hacen un vivo contraste con los poemas anteriores; se escogieron allí, personas, acciones o ciudades, pero hay magnificación y el lenguaje se hace más pesado, la visión menos transparente y ligera, dentro de un sentimiento casi superpuesto, aunque sincero. Con todo, creo que lo más valioso en éstos poemas en el inicio de un polo constante de atracción en la poesía de Eduardo Carranza: el canto a las cosas familiares y concretas, la casa de la infancia, la vida entre presencias o figuras amadas, la presencia de los lazos de la sangre y de la patria, motivo éste último que irá intensificándose y depurándose. Hay otro libro dedicado a estos motivos, *Canto en voz alta*, en donde la idea de la patria ocupa lugar central, y más que la patria, las cosas de la patria. Pero su verdadero desarrollo está en los poemas de madurez; así, en *Hablar soñando*, uno de sus últimos libros, regresa a él, en otro lenguaje y postura. Dice, por ejemplo, en uno de los poemas más logrados y hondos de su obra, "Interludio para cantar la rapsodia del enajenado":

*Ven, descázate, y moja los pies en este río
que me atraviesa el pecho desde niño.
Ven, pasemos cogidos de la mano
el río que atraviesa mis sueños más hermosos.
Vamos a la otra orilla. Hemos llegado.
Vamos a hablar, pues casi nunca hablamos.
Entrecortadamente, febrilmente,
decimos cosas sin sentido,
no se si con los labios o los ojos.
Hoy quiero hablarte de mi patria. Siéntate
en esta piedra, orillas de este cielo
que tantas veces contemplamos juntos.*

Entramos de inmediato a una atmósfera personal y entrañable, no únicamente por virtud del recurso del diálogo, sino porque la patria, sangre propia, se ha convertido en los límites de la infancia y del alma, del pan diario y los sueños; en otro poema nos dirá que "la patria es como una larga carta/ que fuera todo firmas", aludiendo a la patria como una reunión de vidas.

4. MUJER Y POESIA

Después de *Seis elegías y un himno*, retorna Eduardo Carranza a su signo inicial, vuelve por el amor y por los sueños de los sueños, aunque de una manera diferente desde el punto de vista de la composición, utilizando el versículo, el poema narrado (anotemos, de paso, que uno de los aspectos más ejemplares de la obra de Eduardo Carranza es el manejo, con maestría impar, de todas las formas de versificación y composición de la lengua, de sus estrofas, metros y rimas). Es el libro *Ellas, los días y las nubes*, que se continúa temáticamente en *Sombra de las muchachas* y *Azul de tí*, sus dos libros siguientes. Pero en *A la sombra de las muchachas* sí sobreviene un giro esencial, y es que comienza a aparecer el otro, que en Eduardo Carranza no es propiamente "el otro" sino él mismo. Hasta aquí, el poeta casi se ha despojado de sí mismo, porque se ha perdido en las cosas que contempla y canta, se confunde con ellas, o en ellas se transforma al transformarlas. Ahora no; ya la presencia y la ausencia no son lo mismo, el cora-

zón no es invulnerable y, solitario, se hace presente, así, nos dice en el poema "Elegía pura":

*Aún me dura la melancolía.
Allá por el sinfin cantaba un gallo
agrandando el silencio perla y malva
en que el lucero azul se disolvía.*

*Olía a cielo, a ella, a poesía.
Sin volver a mirar me fui a caballo.
Maduraban las frutas y sus frutas.
A ella y a jardín secreto, olía.*

Hay en los versos transcritos varias cosas, o: ¡Qué cosas hay en estos versos!. En primer lugar, estos dos vocablos, que pertenecen al desarrollo total de la poesía de Eduardo Carranza, y de su vida: "melancolía" y "azul". El primero, como paradigma de la actitud esencial, presentida ya por el ensueño y sentida más tarde por lo temporal, y este "azul", adscrito aquí a un lucero azul, pero cuyo significado se convertirá en símbolo de aquello que está en la esencia: la poesía. Y en segundo lugar, el primer verso del segundo cuarteto, que recoge el esquema que hemos encontrado hasta aquí, es decir, la identificación entre la mujer, la naturaleza y la poesía: las tres hacen la vida y son una misma, son unas con ella y ella una con ellas. Ahora bien, los poemas escritos o comprendidos en el ciclo de estos tres libros (que en la limitación de éstas líneas no es posible seguir con más detenimiento), tienen el valor de representar el punto más alto de esa vena que comenzó a fluir en sus versos primeros, gozosos y exaltados, cristalinos, enmarcados por la pureza de la mirada —que no habrá de enturbiarse sino adensarse— y por el milagro del ensueño, alado, encantado, primaveral.

5. EL TIEMPO

A partir de aquí, la poesía de Eduardo Carranza da un giro nuevo, pero no en otra dirección sino hacia otra altura, hacia una profundidad mayor, y tampoco con elementos nuevos sino en virtud del desarrollo o el crecimiento de los que hasta aquí han venido plasmándose o sugiriéndose. El primero de éstos elementos, cuya presencia era ya posible presentir por la insistencia en el instante vivido, es el sentimiento del tiempo, que se abre más honda y cabalmente en el libro *Los días que ahora son sueños*. Dice en el poema "El sol de los venados":

*Recuerdo el sol de los venados
desde un balcón crepuscular.
Allí fui niño, ojos inmensos,
rodeado de soledad.
El balcón se abría a los cerros
lejanos, casi de cristal.
En lo hondo trazaba el río
su tenue línea musical.
El balcón que vengo narrando
era bueno para soñar.*

Es la comarca de la infancia (en el poema, soñar equivale a fantasear), evocación de los días que en este presente —creerfase— despojado, se han convertido en sueño, porque el sueño es la manera de estar presente del pasado. Se evocan días y seres, presencias familiares que hicieron en esos días la vida, colmada y transparente. Pero se trata de la vida presente, vida que, se nos va a precisar luego, en el poema "Elegía con un ramo de sueños", es a su vez contemplada por aquella lejanía —determinación la más precisa del pasado—, hermosa y única. Así, las dos instancias, el pasado y este presente, se miran o descubren irreparablemente separados, aún sin reconocerse, y sólo por gracia del sueño juntas:

*Me mira un día antiguo desde su lejanía.
Acodado en su cielo como en una ventana
y con los ojos llenos de lágrimas me mira.*

Da comienzo entonces, realmente, en la obra de Eduardo Carranza, un diálogo entre el presente y ese pasado, diálogo en el que los personajes centrales, portadores del pasado y del presente, son: éste que hoy no es ya aquel que fuera ayer, y aquel que desde el ayer —pasado que las "alas de la música elevan"— mira a este de hoy. Por esto, en el poema "El otro", de su último libro, *Epístola mortal*, dice:

*Se despedía la tarde de la tierra.
Me despedí de mí. Me dí la mano.
Me quedé en la ventana
mirándome partir.*

El presente está del otro lado del pasado, y en el presente la vida parecería estar del otro lado de la vida. Y sin embargo, con igual intensidad, comienza a vivirse no la vida que se vive sino la de las cosas vividas, hasta llegar a aquel radical y célebre "don preclaro de evocar los sueños" lo único que de la memoria vale, porque la vida estuvo hecha de sueños, y más que de sueños, de ensueños, transfiguración de las cosas y acomodación de ellas al ritmo del propio corazón, y acomodación del corazón al ritmo oculto y transparente de las cosas.

Aquí, sobraría decirlo, es sencillo trazar los hilos que unen esta obra de Eduardo Carranza con sus más valederos contagios: el primero, la obra de Antonio Machado, cuya influencia sólo en un segundo plano se refiere al terreno de la dicción; luego las otras: Quevedo y Jorge Manrique, con su pesadumbre y estoicismo, Bécquer, con su ligereza y nostalgia, la lírica anónima de tipo tradicional, con su sensibilidad e intuiciones, el cancionero, con su verdad y gracia; Acaso Rosalía de Castro... Lo que sucede, es que desde sus comienzos Eduardo Carranza está inscrito en la más clara y clásica tradición de la poesía española, como que sus primeros versos estuvieron marcados por la obra de los poetas de la generación del 27, más que por la de los poetas de su misma época en Hispanoamérica o aún anteriores (Pero siempre existió, aunque subterránea e inmaterial, una veta de la poesía colombiana: Pombo, Flórez, Silva...), a los cuales irá, con mayor intensidad, luego. De esa esbeltez y gracia de su comienzo son reconocibles, por ejemplo en el uso de la metáfora, las maneras de la poesía ultraísta y más concretamente de la poesía de Gerardo Diego A. Estas maneras y poesía hay que asimilar la obra de Juan Ramón Jiménez (recuérdese que da el nombre al movimiento poético que inicia Carranza), de sustancial influjo en sus poemas primeros, aunque, aquí sí, predominantemente en el terreno de la dicción. Pero se trata de dos influjos distintos, casi encontrados: el de la poesía que busca su sustento en las fuerzas del lenguaje, y el de la poesía de lo hu-

mano y lo temporal. Carranza pasa de uno a otro influjo, y es el suyo el mismo giro que dio la generación del 27, al sustituir, en su calidad de obra ejemplar y paradigmática, la obra de Juan Ramón Jiménez por la de Antonio Machado.

Volvamos a nuestro discurso: en esta parte de la obra de Eduardo Carranza, la evocación y la presencia del pasado tienen otra virtud, y es la de esclarecer el presente en su calidad de mero instante sucesivo, como un acontecimiento inscrito en el tiempo, en el fluir que agota y desvanece. Así, en el poema "Anda el tiempo", de *Los días que ahora son sueños*, dice:

*Oye el paso del tiempo cómo pisa
mi corazón, las uvas y los sueños;
oye el río del tiempo cómo cruza
tierras floridas, jóvenes comarcas...*

*Ven, siéntate a la diestra de mi alma,
a la orilla del río del crepúsculo,
y opongamos al tiempo, al enemigo,
la dulzura de ser dos en la tarde.*

6. EL "TU", EL TIEMPO Y EL CAMINAR: EL CORAZÓN ESCRITO

Y regresamos a la solución que estaba en el comienzo: aquel "tu", que a un mismo tiempo era portador y donador de sentido, que abría el mundo y lo cerraba, ofreciendo caminos y entregando una estancia sombreada, un puerto a la pasión y a la esperanza.

Aquí llega Carranza a uno de sus libros centrales, *El olvidado*, libro en el que aparecen depurados, esto es desaparecidos y sin embargo presentes, los materiales por gracia de los cuales su sensibilidad entró en contacto con el mundo, de ellos el amor, como la razón única y última. El olvidado, que es el enamorado, acude a los sentidos, y en virtud de ellos convierte el amor en avidez, en deseo que es plenitud, un amor hacia todas las cosas, que es de todas las maneras y con todos los sentidos. Pero los sentidos son corporales y por esto mismo residen en aquello que el tiempo abate. Es por ellos, no por el pensamiento, por los que se nos pone de presente el oficio destructor de los días; dice, en el poema "Es el tiempo":

*Oigo pasar el tiempo entre tu pelo,
como seguimos con el pensamiento
un día antiguo o una melodía.
Especialmente por la primavera.*

Sin embargo, el sentimiento del tiempo tiene su expresión más cabal, no en *El olvidado*, sino en la poesía posterior. Aquí, si antes había la tierra abonada y la semilla, está ya el fruto, pero opacado por la sola materia de lo sensorial y amoroso; esta vez, el amor se transforma en erotismo, como en el poema "Tema de sueño y vida":

*Suéñame, suéñame, entreabiertos labios.
Boca dormida, que sonríes, suéñame.
Sueño abajo, agua bella, miembros puros,
bajo la luna, delgadina, suéñame.*

Y más claramente aún en el poema "Tema de mujer y manzana", en donde asistimos a una real explosión no sensorial, sino de sensualidad, sensualidad que se adelgaza en gracia:

*Una mujer mordía una manzana.
Volaba el tiempo sobre los tejados.
La primavera, con sus largas piernas,
huía riendo como una muchacha.*

Y a esta altura, llega Eduardo Carranza al libro que dará nombre a su obra entera: *Los pasos cantados*. El solo título nos habla de una postura diferente, ya no fijada en las cosas que entre las manos se abrigan o están bajo los ojos, sino vuelta a la travesía de esas manos, de esos ojos encantados. El poema que da su título al libro es suficientemente esclarecedor:

*...Bueno es a veces detenerse un poco
en medio del camino de la vida,
y mirar a lo lejos, como absortos.
Vamos desde el recuerdo a la esperanza
por el puente instantáneo del presente;
del ayer al mañana caminamos,
unidos por el aire y por las flores.*

Aquí, el poeta mismo nos da la clave: el presente es un puente instantáneo; y ¿Qué es un puente? Una franja en la que no nos detenemos y une dos comarcas; alude, pues, a un lugar por el cual se transita y no se está ¿O se está en ella? A eso parecería que hicieran alusión títulos como "El olvidado", y, en efecto, la hacen, pues, como veremos, el territorio central de la última y —a mi juicio— más importante poesía de Eduardo Carranza, el de sus dos últimos libros, en los cuales, además, el lenguaje ha ganado en fluidez y capacidad de sugestión, en sencillez y razón, es este puente, instancia fugaz, colmada y despojada, dolorosa y dichosa (del "dolorido sentir"), y estaría allí, para hacérselo ver, uno de sus más altos poemas, "El Insomne", que nos lleva a una atmósfera al mismo tiempo lúcida y alucinada, encantada y desencantada, presente y ausente o sólo presente:

*A alguien oí subir por la escalera.
Eran —altas— las tres de la mañana.
Callaban el rocío y la campana.
...Sólo el tenue crujir dela madera.*

*No eran mis hijos. Mi hija no era.
Ni el són del tiempo en mi cabeza cana.
(Deliraba de estrellas la ventana).
Tampoco el paso que mi sangre espera...*

*Sonó el reloj en la desierta casa.
Alguien dijo mi nombre y apellido.
Nombrado me sentí por vez primera.*

*No es de ángel o amigo lo que pasa
en esa vez de acento conocido...
...A alguien sentí subir por la escalera...*

Pero el habitante del presente, puente en el cual nos hemos quedado sin el ayer y nada más sabemos que nos aguarda aquello que negará este hoy, va llamando en su ayuda, para poblar esta estancia instantánea, a las figuras entrañables que un día hicieron los días, el amor y la vida y el mañana. Y es aquí en donde confluyen el sentimiento del tiempo y su correlativo, el sentimiento de la muerte, ejemplarmente plasmado en el hermoso y sereno poema "Epístila Mortal":

*Miro un retrato: todos están muertos:
poetas que adoró mi adolescencia.
Ojeó un álbum familiar y pasan
trajes y sombras y perfumes muertos.
Desangrados de azul yacen mis sueños).
El amigo y la novia ya no existen:
la mano de Tomás Vargas Osorio
que narraba este mundo, el otro mundo...*

A esta dimensión final habíamos entrado por el libro y el poema "Los pasos cantados", y demos un paso atrás, porque en ese poema se nos da la más radical determinación de este presente que da forma a la obra última: es la supresión del soñar, no de los sueños, que es, igualmente, el despojamiento último; con el paso del tiempo,

*Como tierra mezclada con el sueño
vamos pisando al joven de los sueños,
de los sueños, los sueños y los sueños,
todo de sueño hasta los pies vestido.*

De este presente, instante grávido e ingrávido de todos los instantes, ha nacido la última poesía de Eduardo Carranza; presente que, hecho de melancolía y pasión, es a la vez puerta a la cual, al revés que en las coplas de don Jorge Manrique, llama, de improviso, la vida:

*A veces cruza mi pecho dormido
una alada magnolia gimiendo,
con su aroma lascivo, una campana
tocando a fuego, a besos.*

Nos habla ahora el poeta de días presentes y lejanos, de ayeres de oro hechos de sueños de oro, del pan amable y el vino soñador, días a los que atraviesa un río humedecido por el amor y el amar, tiempo con pisadas de lluvia y de música, pisadas de la infancia y de la adolescencia, de la juventud que aproxima manos, labios, cabelleras, ángeles... instantes hechos de azul y melodía, a los que este hoy se asoma "en puntillas sobre el corazón", como las violetas con su "aroma de pasado". Y es presente que se detiene por el ejercicio del canto, que es el de la vida, en este hablar soñando, el hablar del insomne no en el hablar en sueños, de aquel que a solas habla y espera...

Una última cosa: a pesar de estar su obra reunida bajo un solo título, "Los pasos cantados", no creo que Eduardo Carranza haya querido hacer de ella un libro total, a la manera de Jorge Guillén con su "Cántico", o Luis Cernuda con "La realidad y el deseo". El sentido, me parece, es otro, porque no se trata tanto de la obra que se va desarrollando y creciendo vuelta, en definitiva, sobre sí misma y bajo un mismo signo, sino de la vida que se ha ido cumpliendo bajo un mismo signo, el signo de la poesía que es el signo de la vida, "Los pasos cantados" hacen referencia al tiempo de la vida, y más que dé la vida al del vivir, tiempo y vida que han sido presididas por la creación. Por esto, debajo de las letras del título del libro hay una leyenda que dice: "El corazón escrito".